

El intelectual cristiano: ocho tesis

CARLOS DIAZ

*Profesor titular de Filosofía
en la Universidad Complutense*

I. Por una fe razonable, por una razón fiduciaria

Desde los primeros tiempos vióse la comunidad cristiana dividida en su actitud ante la razón. Unos, apelando equívocamente a san Pablo, condenaban la sabiduría por identificarla con el paganismo; otros, por el contrario, se abrían a la filosofía griega para dialogar con ella y salvarla, pues la razón, en cuanto que don de Dios, no debe menospreciarse.

A partir de entonces la historia de la Iglesia conoció malaventurados fideísmos irracionalistas, pero también actitudes comprensivas demandando una fe de la que no se evacuase la razón (una fe «razonable») y una razón capaz de abrirse a la fe. Desde mi punto de vista esta última será la opción correcta.

Cabe, pues, ser cristiano y también intelectual; más aún, lo cristiano es abrazar la inteligencia. Desde luego, el creyente no se salva por su sabiduría, pero entiende mucho mejor aquello que cree, lo transmite más fidedignamente, y puede hacer historia con más grande fidelidad. La «fe del carbonero» está bien para el carbonero, pero éste es un oficio a extinguir. Dejemos, pues, que los carboneros entierren a sus carboneros, y despertémos un poco antes para estudiar un poco más, trabajando para entender, sin dejar de entender para trabajar («credo ut intelligam, intelligo ut credam»).

Pues si miramos la historia de la Iglesia, ¿acaso no hizo ella un enorme esfuerzo por expresar su fe con las categorías culturales de cada época? ¿No contribuyó a crear cosmovisiones en las que (y con las que) transmitió su credo? Arte, música, liturgia, teología, reflexión filosófica, agricultura, economía... ¿quedó algo social y personalmente relevante al margen de la fe?

En ese esfuerzo la fe madrugadora, lejos de dejarse arrastrar perezosamente por las culturas paganas, *las fecundaba con su potencia propositiva y de tal forma las transformaba*. Fue así como los conquistadores bárbaros fueron romanizados y cristianizados.

II. En favor de la armonía: la verdad es sinfónica

¿Marchan hoy las cosas en el sentido antementado? Lo habitual, dos mil años después, viene siendo al respecto la figura trágica de *El Vizconde Demediado*, personaje de Italo Calvino, arquetipo del dualismo, que en nuestro caso sería el de la *razón sin fe*, o el de la *fe sin razón*, o el de la *fe al lado de la razón*, *aunque sin ósmosis alguna*.

Experiencia común al día de hoy en el universo de la fe es la de ese profesional o intelectual competente en su propia territorialidad (buen médico, buen abogado, buen químico), pero apenas cultivado en la cultura católica que profesa, apenas sobrepasada respecto de aquella con que hiciera la primera comunión. Pregúntese a un profesional semejante qué es lo que entiende cuando reza artículos de fe de su credo tales como «descendió a los infiernos», o cuando confiesa que «al tercer día resucitó», o cuando se afirma en la «comunión de los santos», y quedará patente la debilidad y la pobreza de su respuesta.

He aquí el católico medio, medio católico por ello: hipertrófico en su profesión, atrófico en su confesión de fe; en tales circunstancias no extrañará que su «teología» no se diferencie en mucho de cualquiera de las formas de a-teología socialmente vigentes, de modo que la aceptación de las vigencias cultura-

les sociológicas de corte antropocéntrico y hedonista convierten al fin en *irrelevante* la fe profesada.

Pronto, así las cosas, *la cultura dominante impregnará y colonizará a la fe dominada*, y no pocos terminarán enfriando o incluso abandonando una fe que nada añade, que se ha vuelto insípida, que en nada parece diferenciarse de la cultura ambiental, pues una fe que no cuestiona es una fe que se cuestiona a sí misma. Esquizofrénica al final de la jornada.

III. Católicos por una fe practicante

Al panorama descrito se le agrega adventiciamente otro fenómeno cada vez más habitual, el de la separación entre convicción de fe y profesión práctica. El fenómeno del *católico no practicante* es de este planeta, de este país, y de este día.

Y ocurre que el católico no practicante termina por no ser católico. Si en pasadas épocas, como bien saben Manuel Sánchez Cuesta o Eduardo Malvido, el arquetipo del «San Manuel Bueno mártir» pudo proliferar por la presión mayoritaria católica frente a la cultura de la increencia socialmente irrelevante, en la actualidad parece producirse la pendulación hacia el extremo opuesto, donde no son pocos los que no practican porque, desde su fe escasa, la práctica confesional les acarrearía problemas añadidos en algunos partidos, sindicatos, o asociaciones profesionales, en las cuales lo sospechoso de religiosidad no está en absoluto bien visto.

Por otro lado constituye prejuicio arraigado en la calle y también entre la intelectualidad aquel de que cabe creencia sin práctica, lo cual *conduce a la larga hacia un deísmo cada vez más desvaído y a un vago moralismo que sustituye al credo religioso*. Aquí la fe de Abraham desaparece ante la praxis de Agamenón, y cuando éste declina y el correspondiente formato epocal del Héroe Rojo perece, entonces refulgen Narciso y su Corte Inglés, ekklesía de obligada frecuentación —ahora también dominical, según parece—, de la que no apostata nadie

en el conspicuo méster de progresía, que supuestamente iba a terminar con el malfamado méster de clerecía.

Por lo tanto, y desde nuestro punto de vista, no podría decirse propiamente intelectual católico aquel que careciese de alguna práctica religiosa católica, como tampoco podría clasificarse como deportista en propiedad a aquel que ni siquiera caminase, por muy bien que se supiera las reglas del juego en teoría.

Redargüir que ciertas prácticas de ciertos católicos (o aún de la mayoría de ellos) devienen tan nefastas y escandalizadoras como para preferir preservar la pureza de la fe no practicando sería tan absurdo como decir que para luchar contra la gula hubiésemos de acabar como el asno de Buridano muriendo de inanición. ¿Y no será una torpe coartada aquella que se abstiene alegando ajena impureza?

IV. Por una fe eclesial

Si —como veíamos— algunos profesionales católicos adjetivan tanto su convicción católica que la terminan reduciendo a muñón, y si otros no practican y de ese modo dejan de alimentarse, aún hay más: ciertos católicos cultos y además practicantes se muestran, sin embargo, sin pulso eclesial, ya sea porque consideran a la Iglesia demasiado escorada hacia la izquierda, hacia la derecha, o hacia ninguna parte.

Abunda ese intelectual católico elitista al que una cierta elaboración teórica sin comunidad y un clima cartesiano han llevado a *no saber decir «nosotros»*. De este modo, huyendo del común pecado, rompen también con la comunión de los santos. La impresión que dan muchos de estos intelectuales católicos es la de que no han superado sus correspondientes campanarios, y de que distan de entender lo «católico».

Y este es también el caso de aquellos que aceptan verbalmente su condición católica, pero que *mantienen casi en secreto su convicción de fe, alegando que la fe es un asunto privado*,

actitud tan letal como su contraria, aquella que sólo espera la bajada de bandera para lanzarse *adversus* tras haber carecido de la menor reflexión subjetiva y personal.

Todo esto refleja un clima muy característico en el Occidente actual, donde no abunda el equilibrio entre libertad individual (que el intelectual católico hipertrofia) y adhesión masiva (que el intelectual católico atrofia), entre el necesario análisis y la adhesión entusiástica a los eslóganes y argumentos autoritarios para seguir creyendo entre el forofismo de los partidos confesionales acérrimos, y el cuasinihilismo disolvente de los incapaces de unirse alguna vez para algunas causas que mereciesen la presencia pública, y que nunca faltan.

V. Por una fe intelectualmente católica, apostólica y romana

Moneda de circulación corriente es que los católicos no practicantes se manifiestan beligerantemente contra el Papa y contra la Jerarquía, a la que siempre tildan de reaccionaria, sobre todo porque en su secularismo desearían que la Iglesia —extrinsecistamente— adoptase las pautas ideológicas foráneas.

Y así se dicen a sí mismos: Desde el siglo XVIII añorando la Ilustración incompatible con la fe romana, ahora que ya por fin nos hemos incorporado a Europa tras tanto esfuerzo, ¿en qué cabeza cabría una cultura religiosa, y menos aún católica, apostólica y romana? ¡Desde que Lutero estableció el libre examen la intelectualidad tendría que dar paso al *conflicto de las interpretaciones*! ¡El magisterio de la sospecha sería incompatible con el magisterio de cualquier Papa! ¡Modernidad contra tradición. Achtung: Cultura en perpetuo peligro de desvirtuación por contagio de la fe romana!

Eppur... Mientras tanto algunos de esos católicos hipercríticos papales, que rechazan las denuncias vaticanas de los males del mundo, alegando que la denuncia ha de comenzar por la propia casa, optando incluso por matar al mensajero romano an-

tes que por denunciar los hechos noticiados, algunos de esos se muestran hipertolerantes con el Poder al que incluso lisonjean dando la impresión de una doble contabilidad: un cierto neoclericalismo de izquierda se humilla y genuflecta ante el Poder con unción reverencial propia de pasados siglos.

VI. Por una fe intelectualmente perenne

Para que sea válida, la fe católica ha de aspirar a ejercerse en la cotidianidad, sin nostalgias retrogradantes ni progresismos bobalicones donde se concede crédito indefinido al futuro por el mero hecho de ser futuro. Una fe católica debería caracterizarse por su *perennismo* como actitud de búsqueda y como intento de elucidación teórica de la fe, vivida en estrecho contacto con los datos de las ciencias y de las letras que los días y las horas van desgranando.

En este sentido será menester al menos:

- a) Ensanchar la capacidad de diálogo entre magisterio y teología, así como entre teología y ciencias particulares.
- b) Complementar amorosamente los distintos carismas, vividos en el interior de la Iglesia.
- c) Atender sostenida, crítica y lúcidamente al interior y al exterior de las elaboraciones teóricas que provengan pneumáticamente de todos los hombres de buena voluntad, que no son pocos por fortuna.
- d) Recordar que si en el orden de los principios generales las exigencias son grandes, pues una desviación pequeña de la recta degenera a la larga, en el orden de la praxis a veces verdad y mentira adquieren una vecindad más próxima.

Tal es el *perennismo* al que apelamos, más que al viejo perennismo escolástico que en el pasado servía como garantía inmovilizadora de ciertos tradicionalismos a ultranza, perennis-

mo inmunizatorio ante el cual el intelectual suele tener una fundada sensibilidad a flor de piel. Por eso mismo, para no escamotear cuestiones, hay que preguntarse: la Iglesia, ante ciertos momentos de cambio, ¿cambia ella?

En el *evolucionismo*, la identidad pierde y gana el cambio; en el *escepticismo* y en el *cinismo* sólo existe discontinuidad entre lo que se dice y lo que se hace; en el *relativismo* prima la hermenéutica, el recurso a la diferencia, a la interpretación, al arte de poder no tener razón. Estas tres actitudes intelectuales se remontan al *gnosticismo* y confluyen en el *iluminismo ilustrado*, que conflictúa las interpretaciones.

Tratando infructuosamente de contrarrestar estos movimientos, el fundamentalismo hace cuanto puede por ignorar la historia a fin de imponer un momento de ella al que define como agraciado momento del «depósito de fe», vuelta al pasado que huye de la cultura presente y que en nada contribuye a vivificarla.

Ahora bien, mal que les pese a algunos, el católico no tiene una *fe a la carta* o de barra libre, pues el credo que constituye experiencia uncial de su fe está ahí, de forma tal que nadie puede hacerlo a su propia medida. Aunque la tensión especulativa y hermenéutica resultan saludables también para examinar el credo y para leerlo con altura y modernidad, se tratará en todo caso de una *actualización en lo inmutable*, en el seno de un *catolicismo esencial*.

En la relación verdad-libertad, tan complicada en la Historia de la Iglesia, todo debe ser exigente y a la vez familiar. Cuando el intelectual profano toma en sus manos una Historia de la Iglesia suele cubrirse de asombro, pues más que la comunidad de una misma fe cree hallar una yuxtaposición de insularidades y una confrontación entre jerarquía y pueblo. Pero el intelectual católico encuentra sobre todo *una historia de la permanencia mutando* y *una historia de la mutación permaneciendo*, una historia donde el conocimiento por expulsión siempre es superado por la crítica en la esperanza.

VII. Desde la Iglesia

Así las cosas, desde la Iglesia el intelectual católico demanda:

- a) Que la Iglesia escuche a todos, que tome nota de cuanto se dice de ella, incluso de las impertinencias, y que discierna sin responder con ira a los airados, sabiendo aprovechar las críticas válidas.
- b) Que recuerde que de dos maneras se libera al necesitado: al opresor, ayudándole a desposeerse de los poderes con que esclaviza a los demás y se esclaviza a sí mismo; al oprimido, solidarizándose con él, no solamente de palabra, sino también con obras, pacíficamente.
- c) Que no se sitúe en una intemporalidad ajena al tráfago diario de la historia, sino que tenga una presencia operante, y que, si los partidos de derecha, izquierda o centro no la satisfacen, encuentre los cauces metapolíticos y los propios de la sociedad para urgir al hombre a su liberación solidaria y fraterna.
- d) Que si habla de Dios sea porque vive a Dios, sin disolver lo religioso en lo sociopolítico, antes al contrario, abrazándolo para contemplarlo desde perspectiva escatológica.
- e) Que asuma seriamente la cultura allende progresismos y retrogradaciones, que eduque conforme a un plan al margen de los bandazos epocales, que sea propuesta a la vez instructiva y nutritiva.
- f) Que informe con transparencia de sí misma de lo que hace y de lo que no hace, de lo que no debería hacer y hace, así como de lo que hace y no debería hacer, que comunique al pueblo sus gozos y sus sombras.
- g) Que no ceda a las presiones ambientales y que sea siempre el paladín de los derechos de los últimos, que comienzan con el derecho a la vida ya desde el primer instante, asu-

miendo a su vez la causa de los pobres, de los débiles, de los enfermos, de los pequeños, de los últimos, optando preferencialmente por ellos.

Cuando eso, a lo que debe ayudar el intelectualmente capaz lo mismo que el poseedor de otros carismas, cuando eso que un sector de la sociedad lanza a la Iglesia en forma de petición coincida con la petición que la Iglesia se lanza a sí misma, comenzará una *conversión intensa y extensa*.

Y para concluir vamos a proponer un lema global cuyo cumplimiento le está especialmente recomendado al intelectual católico: «Rectificar la ilustración, ensanchando la razón hacia la fe, y la fe hacia la razón».

VIII. Por una fe católica e intelectualmente profética

Así las cosas, le sobra la tristeza al intelectual católico. Sí, al intelectual católico le sobra la tristeza.

En mi libro *En el jardín del Edén* (Ed. San Esteban, Salamanca, 1991) he mostrado la obsolescencia senil de la vieja Ilustración, para nada rozagante, aunque prometió el oro y el moro a costa de la fe religiosa y de su desahucio fiduciario. Hoy, vieja y cansada, la Ilustración está triste. Pero la ajena tristeza no nos vuelve a nosotros más alegres, pues la propia alegría no nace del ajeno espanto.

Por otro lado, en los últimos tiempos todos sabemos hasta la saciedad que se ha producido un decrecimiento del cristianismo sociológico, pero ello debe afligir sólo a ciertos partidarios de la *teoría ganadera* de la cultura cristiana, aquella que mide el vigor de las presencias por el número de cabezas por metro cuadrado. Desde luego no se necesita perspicacia preternatural para darse cuenta del envejecimiento físico y metafísico de ciertas comunidades antaño punteras, de la escasez de las vocaciones religiosas, de la creciente defección de escritores, filósofos, y teólogos católicos, etc.

Ahora bien, ¿cómo tan en breve se ha llegado a tanto y/o a tan poco? Buena es la autocrítica, pero no el masoquismo analítico, porque olvida que los lodos de hoy tienen su origen en el pasado tan enaltecido, un pasado donde ya sabemos a ciencia cierta que no fue oro todo lo que relució, pues si la cantidad y la calidad hubiesen ido de consuno en dicho pasado, ¿cómo nos encontraríamos hoy en la presente indigencia?

Y ¿no será más bien que la actual irrelevancia es resultado de una anterior *actitud triunfalista autoengañoso*? ¿No convenía esa falta actitud a un régimen político interesado en el regalismo cesaropapista para mejor autolegitimarse? Por lo demás ¿fueron tantos y tan brillantes aquellos intelectuales, hoy caducados en su gran mayoría?

Convendría también preguntarse si cabe esperar un florecimiento del cristianismo (practicado además tan ramplonamente) en el interior de un Occidente tan monstruoso y tan chupasangre. Y quizá haya que responder que, aunque el cristianismo no es en modo alguno una religión para minorías, tal vez haya de pasar ahora por una nueva experiencia exódica y exílica donde los creyentes se noten por su testimonio, aunque ello no comporte la aparición pública triunfal.

Los intelectuales católicos que vivan conforme al Evangelio tendrán algo que decir elaborando un discurso de la razón dialógica ensanchada en razón profética, sin degenerar en razón retórica, pues no basta con mostrar la insuficiencia discursiva del cogito nihilista, sino que ha de superarse con el ejemplo articulando opciones y sistemas de sentido: nada menos que una razón evangélica.